

LA VIDA CONSAGRADA II: POR CAMINOS DEL PASADO Y DEL PRESENTE

DISCERNIENDO EL PASADO Y EL PRESENTE A LA BUSCA DE UN FUTURO
PARA LA VIDA RELIGIOSA

H. ELOÍSA BRACERAS GAGO, OP
(DOMINICA DE LA ANUNCIATA, CIUDAD. DE BURTZEÑA. PUBLICADO EN LA REVISTA VIDA SOBRENATURAL, 2010. N. 671)

INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ CAMINOS RECORREMOS?

Estamos buscando un futuro, pero no es posible hacerlo sin señalar en qué punto nos encontramos. Para ello es necesario explicitar qué pasos ya fueron dados. Sin embargo, esos “pasos dados” tampoco son siempre garantía de haber recorrido un camino. Algunos de ellos pueden haber sido dados en falso, respondiendo más al contexto cultural que al mensaje evangélico. Pero seguro que otros sí nos aproximan más de aquello que ya estábamos llamados a ser en nuestro origen. La trayectoria de la Vida Consagrada no es diferente de la de todo ser humano.

Ahora vamos a hablar de todos ellos: de los que sí, y de los que no. De los que tenemos que intentar no volver a repetir y los que nos están señalando caminos del Espíritu y acercándonos a nuestro objetivo: vivir y testimoniar el evangelio. Utilizamos categorías bíblicas, porque la Vida Consagrada es también historia de un pueblo, con sus infidelidades y sus regresos, rupturas y perdones.

POR DÓNDE NUNCA MÁS: LA RUPTURA DE LA ALIANZA (EX 32,1.6)

Como el pueblo en el desierto, la Vida Consagrada puede estar cumpliendo sus “objetivos” pero, en el camino, quedar parada delante de los ídolos. Así dice J. M. Guerrero: *“El peligro es que funcionamos bien, pero que el sentido profético, simbólico o escatológico de nuestra VC sea irrelevante (...) Si consentimos que se domestique su función profética, si diluimos su carácter simbólico, si perdemos su garra escatológica (...), su futuro será no tener futuro”*¹. En efecto, habitante de la Historia, la Vida Consagrada sufre bloqueos externos, pero son los bloqueos internos los que tienen más

¹ J. M. Guerrero, ¿Qué vida religiosa está naciendo?, en Folletos con él, n. 263, enero 2006, p.4 (suplemento a la revista Vida Nueva, n. 2511).

“poder” pues, como los ídolos paganos, entran en el conjunto de conceptos en que se vive (en este caso, el universo religioso del pueblo de Israel; el universo de las estructuras congregacionales) configurándonos por dentro. Es necesario decir no al formalismo, a las adaptaciones a las nuevas modas religiosas, al aislamiento, a las estructuras, normas y costumbres que nos cierran en nosotros mismos.

Vamos poco a poco. La Vida Consagrada tiene un *para qué* –la Misión-, un *cómo* –la vida comunitaria- y un *por qué* –porque sigue a Cristo. Vamos a ver por separado cada uno de estos aspectos, señalando si nos atan aún al pasado. Más adelante también veremos cómo estamos avanzando.

Estamos al servicio de la **MISIÓN**, se supone, y así es. Conocemos religiosos y religiosas entregados a su trabajo, activos 24 horas al día y sin edad para la jubilación, pero nuestra manera de ser y de hacer no puede estar pautada sino por valores evangélicos. Vemos con pena cómo la misión es convertida a veces en la “versión consagrada” del activismo y la eficiencia postmodernos. Se denuncia que la Vida Consagrada intenta conservar la imagen de “organización de prestigio”, movida incluso por *anti-valores*, propios de la lógica del mercado pero no de Dios. Eficiencia y eficacia marcan el rumbo de una dinámica más productora que gratuita.

En muchas ocasiones las “grandes obras” que heredamos del pasado son más un obstáculo que una plataforma para una misión y evangelización inculturadas. Podemos vivir con excesiva preocupación por lo que tenemos, al ver en las obras no sólo un pasado brillante sino incluso la realización de nuestra identidad y misión. Los consagrados podemos llegar a entrar tanto en la dinámica productora que confundamos nuestro ministerio o carisma con un empleo lucrativo. También corremos este peligro cuando los contratos de los miembros de una institución son firmados dentro de la Iglesia pero no corresponden al carisma fundacional, sino al contrario, nos alejan de él y pueden llegar a originar tensiones internas.

A veces una misión mal direccionada se deja ver en el tipo de pastoral vocacional que realizamos, y que parece anunciar más una empresa para la realización individual, un trabajo que “nos llene” o una actividad que suba nuestra auto-estima que un camino de seguimiento de Cristo. Hacer este tipo de “propaganda” es como querer sustituir a Dios.

Siendo sinceros y mirando con atención y sin miedo, podemos encontrar una profunda insatisfacción por la **VIDA COMUNITARIA** de nuestro día a día, sobre todo entre los religiosos más jóvenes².

En efecto, la vida comunitaria es víctima de sus propias limitaciones, como ha sido siempre, pero también parece cada vez más desencantada por su fragilidad y por la falta de auténticos líderes que conozcan el equilibrio entre complacencia o indecisión y autoritarismo. Denunciamos miembros individualistas en nuestras comunidades, comunidades vacías de relaciones personales cálidas. Comunidades que se convierten en hotel, donde lo más que se hace es compartir el mismo techo, la misma mesa y reglamento, no convencen ni satisfacen a nadie. No podemos continuar funcionando con normas que corresponden a estructuras de otro momento en que el número de miembros era grande, las características de ellos muy diferentes a las actuales, y también diferentes las exigencias de la vida común.

En el **SEGUIMIENTO DE CRISTO** arriesgamos todo lo que somos, porque de Él es no sólo la llamada que sentimos y a la que respondimos un día, sino que es precisamente Él quien puede crear auténtica comunión. La llamada al seguimiento es lo único que une a todos los miembros de una congregación desde el principio, desde postulantes y novicios hasta los más mayores. Una Vida Consagrada que confía demasiado en sus propias fuerzas y lo expresa con señales de triunfalismo o un protagonismo que no le corresponden o, en el otro extremo, una Vida Consagrada miedosa y cerrada en sus paredes, es, en cualquier caso, una Vida Consagrada con raíz falsa e incierta. Sólo Cristo puede ser nuestra raíz.

El miedo es contrario a la fe, cuando en realidad sólo la fe debe y puede sostener nuestra vida teologal. Ese miedo que *no cree* trae consigo una preocupación sobre nuestro futuro, porque, sin más sentido, sentimos la urgente necesidad de prolongarnos como congregación indefinidamente. El miedo trae también cierta nostalgia, nostalgia que, además de cerrarnos al pasado y a las personas, puede poner en peligro el ejercicio de la obediencia. La falta de una verdadera fe expresada en seguimiento denuncia un carácter demasiado teórico –o demasiado poco espiritual– de nuestra vida, revelando religiosos más “ideólogos de lo divino” que auténticos creyentes; revela religiosos y religiosas ciegos a las señales del Espíritu y que matan cualquier iniciativa y creatividad. La fe frágil, causa

² El planteamiento llega a ser tan acentuado que en el *Congreso Internacional de la Vida Consagrada* celebrado en Roma en noviembre del 2004, un joven participante se expresa así: “El tema apareció de manera reiterada, hasta ser claramente identificado por la asamblea como una insatisfacción de los jóvenes religiosos (...) En una especie de autocrítica, me preguntaba: ¿es que a las nuevas generaciones sólo nos interesa hacer amigos? ¿Qué significa esta preocupación particular?” (L.F. Reyes, *El Espíritu quiere una vida religiosa sencilla y fraterna*, in *Vida Religiosa*, v. 96, nov-dic/2004, p. 70.

del miedo, nos lleva a cerrarnos en nosotros mismos y a la falta de diálogo social, eclesial, comunitario; nos hace vivir excesivamente preocupados en “agarrar” la propia lengua, cultura o inspiración carismática.

No es de extrañar que la liturgia, vehículo y expresión de nuestra relación con Cristo, se vea también perjudicada por ese desarraigo, convirtiéndose en una oración fría y desencarnada, más útil para marcar el horario de nuestras jornadas de trabajo que para alimentar realmente nuestra vida de seguimiento. ¿Cómo es posible que la Vida Consagrada dé auténtico testimonio, pronuncie palabras proféticas o sea señal escatológica si toma actitudes contrarias a las predicadas en el evangelio? Aburguesamiento, abuso de poder, sobrecarga de trabajo, activismo y superficialidad son reflejo de esta carencia “radical”.

POR DÓNDE YA: ESTÁ LLEGADO EL TIEMPO.

“EL ESPÍRITU DEL SEÑOR ESTÁ SOBRE MÍ” (CF. LC 4,18-19.21)

La Vida Consagrada está inserta en el mundo. Es del mundo y en el mundo. Él condiciona su actuar y ser, y no siempre se tiene clara la propia identidad como para no quedar “ennoviando con los ídolos”. Ahora, todo lo que está vivo está en proceso, y la vida religiosa *vive*. Como para el pueblo de Israel, la conversión pasa por tentativas y sufrimientos. Como el pueblo de Israel, cuenta con la misericordia de Dios, siempre dispuesto al perdón. Camino hacia la plenitud de sí misma, la Vida Consagrada vivencia *ya* sus momentos de realización, palpando lo que será. Son numerosas las novedades que el Espíritu “que está sobre nosotros” viene suscitando, con mayor o menor esfuerzo y hasta consciencia por nuestra parte.

En el fenómeno de las *nuevas formas de Vida Consagrada* hay, sin duda, manifestaciones pneumáticas. Novedades estructurales – comunidades mixtas, abiertas a la castidad matrimonial y a la consagración temporal-, de misión –abiertamente volcadas al ecumenismo y trabajos apostólicos fuera de la comunidad-, espirituales –acentuación de la pobreza, centralidad de la *lectio divina*- y hasta litúrgicas, traen cambios que ya han ocurrido en la realidad social, pero aún no en la normatividad eclesial. Podemos considerar, por tanto, que las nuevas formas de Vida Consagrada son una “avanzadilla” hacia el futuro, como los espías de Josué abriendo el camino para todo el pueblo, ¡incluso cuando los medios no parecen los más ortodoxos! (Jos 2,1-24).

En efecto el camino que esas nuevas formas siguen no siempre está claro: puede dar la impresión de haber cambiado mucho para al final cambiar en casi nada, como si sólo fuesen un pequeño añadido a aquello que ya existe. Con todo, nos lanzan una llamada: la humilde fragilidad que estamos padeciendo en tantos sectores pueden ser las entrañas que acojan una gran fecundidad, rotundos testimonios de la convicción paulina: cuando somos débiles, entonces somos fuertes (cf. 2Cor12,10). La Vida Consagrada está a camino de un nuevo modelo, modelo que sus nuevas formas contribuyen a que nazca. Y lo que es más enriquecedor y sorprendente de ellas es comprobar cómo muchas de sus novedades están también presentes en las instituciones tradicionales. Son factores de búsqueda que pueden ser “rastreados” en los tres elementos estructurales.

Respecto a la **MISIÓN** tal vez lo más determinante sea la progresiva “no propiedad”. Las grandes obras ceden su administración a manos laicas, y la misión de los consagrados adquiere nueva forma determinada por el servicio a los pobres y sufrientes, por la Justicia, Paz e Integridad de la Creación. Nuevas iniciativas responden a nuevas preguntas: ¿Qué valores apoyamos? ¿Cómo avanzar en la solidaridad no paternalista? ¿Es evangélica nuestra inversión? Siempre preocupada por salvaguardar el propio carisma, la misión realizada parte hacia iniciativas de frontera, entra en nuevos movimientos sociales y también religiosos en clave de *encuentro* y *diálogo* cultural, ecuménico, inter-religioso, eclesial y con los laicos, que pasan a tener cierto protagonismo. Fiel a la confianza que la Iglesia pone en ella, la intercongregacionalidad ya se hace realidad en nuestra evangelización.

La postmodernidad cala de lleno una de las características de nuestra **VIDA COMUNITARIA**: el individualismo exacerbado tiene, sin embargo, sed de relaciones profundas. Así, la vida de nuestras comunidades es renovada por la búsqueda del “sabor de hogar” y por una nueva comprensión del voto de obediencia.

La clave del *encuentro* estimula las relaciones inter-comunitarias más profundas, que generen auténtica vivencia y sean de por sí testimonio de los valores que predicán, a través de la apertura y la acogida. Ahora bien, esas novedades sólo son posibles gracias a un nuevo movimiento, que podemos considerar causa y consecuencia de la necesidad de diálogo. Se trata de una “nueva obediencia”, basada en la consideración de los miembros comunitarios como adultos libres e iguales. Con mirada de fe, la comunidad religiosa ve la gracia obrando en sus miembros y dotándoles de capacidad para optar por el bien común. Pero eso exige también *nuevas*

formas comunitarias que respeten la libertad, consciencia y responsabilidad personales; nuevas formas que se reflejen en los trabajos comunitarios y que aparezcan en documentos congregacionales.

El terreno de las relaciones es movedizo como la naturaleza humana. ¿Existe realmente una comunidad así? Tal vez todavía no, pero ya estamos a camino. Y hay ejemplos e iniciativas.

Por supuesto, también es el **SEGUIMIENTO DE CRISTO**, el encuentro con Él, lo que origina novedades en la manera de vivir la consagración religiosa y la pertenencia congregacional. La espiritualidad está marcada por la fascinación por Jesús y el evangelio, y se traduce en la práctica cada vez más central de la *lectura orante*, que llega a sustituir a veces a la vieja piedad o recitación, y que al mismo tiempo imposibilita la subjetivación total del “diálogo interior”. A través de esa práctica se busca el camino hacia una espiritualidad integradora que nos conduzca a nuestro “más íntimo” y nos saque de nosotros mismos en dirección al otro. La Vida Consagrada camina hacia una espiritualidad que abarque “*lo espiritual y lo corporal, lo femenino y lo masculino, lo personal y lo comunitario, lo natural y lo cultural, lo temporal y lo escatológico*”³.

La Vida Consagrada y cada uno de sus miembros parecen buscar sinceramente la comunión con el Espíritu, Espíritu que, a su vez, busca ser fecundo en los laicos y expresión de la gracia en la vulnerabilidad de los consagrados. Esta búsqueda parece suscitar nuevos carismas, en el deseo de que algo nazca de nuevo. Esto se concreta en el esfuerzo que se está haciendo camino de la *refundación*, camino que nos conduce a formas menos institucionalizadas. También existe el intento, en el caso de las congregaciones femeninas, de adquirir cierta independencia respecto al poder clerical.

Esta nueva espiritualidad “de pertenencia” origina cambios en la formación de los religiosos y religiosas, que comienza por una pastoral vocacional respetuosa que sabe respetar el mayor o menor sentimiento de afinidad de los candidatos, sin despreciar ninguno de los niveles de participación, incluso los más superficiales. No puede ser de otra manera cuando el laico llega hasta nosotros, sin duda, para compartir y enriquecer nuestros carismas.

Por otra parte, las congregaciones pluriculturales e internacionales van conquistando la capacidad de expresarse como tales, lejos del centralismo europeo, y suscitan la necesidad de que la formación sea recibida en la cultura de origen de los miembros. Sólo así será posible formar y respetar

³ Cf. Documento final, en *Pasión por Cristo...* pp. 317 ss.

la subjetividad individual, cada vez mayor. Esta subjetividad es –por lo menos en parte- responsable por los “escándalos y abandonos”, y por la búsqueda de medios de pertenencia provisional. Esta señal, que puede parecer negativa, obliga a buscar nuevas respuestas, como las formas de vida *ad tempus*, que ya existe en algunas fundaciones recientes. Es una realidad y un desafío: muchos jóvenes aspiran a consagrarse a Dios, pero sin necesidad de “institucionalizarse”.

CONCLUSIÓN

Pisamos caminos nuevos, tal vez, con temor y temblor, pero pisamos, y al pisar avanzamos, en una dinámica dominicana expresión de la búsqueda de la Verdad que perseguimos.

No pisamos solos. Toda la Vida Consagrada camina buscando por dónde y cómo responder a un mundo que le lanza el desafío del individualismo, la apatía y la insolidaridad. Buscamos ser señal del evangelio, algo que el mundo no parece necesitar, aunque nosotros pensemos lo contrario. Buscamos adaptar nuestras formas -que no nuestros contenidos- a una nueva manera de vivir la realidad. Órdenes y congregaciones buscan con mayor o menor lucidez esos nuevos senderos sin desbrozar que nadie ha pisado aún; buscan desde su carisma y misión, desde su espiritualidad e historia.

Mucho tiene que decir la Orden Dominicana, nacida *en* la búsqueda y *para* la búsqueda. Más que ninguna otra tenemos en nuestra tradición la postmodernidad: el diálogo constante desde el respeto de lo diferente; la fraternidad como “ecosistema” vital, ejemplo utilizado por Timothy Radcliffe; la inmensa variedad de carismas personales entre nuestros miembros; la riqueza de lo contemplativo, masculino y femenino, y sobre todo una espiritualidad en búsqueda desde el optimismo que la Encarnación nos garantiza. Nacimos para la búsqueda, y en nuestros ocho siglos no hemos hecho otra cosa. Somos pioneros del discernimiento.

Poner en obra es el siguiente paso. Un discernimiento dialogado debe señalar caminos amplios pero posibles, realistas pero tendentes al infinito del horizonte, factibles pero emocionantes. No sólo la Orden, sino toda la Vida Consagrada se pregunta por dónde continuar haciendo, ahora que ya empezamos a caminar. Será el tema de la tercera parte de esta reflexión: ¿por dónde caminar hacia lo mejor?

